

siones consiguió que su sobrino Waldemaro, de edad de doce años, fuese elegido en lugar de Cristóbal II, y que se agregara el Holstein al país de Schleswig formando un solo feudo hereditario, con el nombre de Schleswig-Holstein, que al extinguirse la familia del conde Gerardo volviera a la corona de Dinamarca. El regente, como alemán, antipático a los dinamarqueses, contribuyó con este arreglo a la descomposición del reino en una multitud de pequeños Estados independientes. A esto se agregaron contiendas eclesiásticas, y en tan triste situación trató Cristóbal II de recobrar el trono por la fuerza de las armas. Waldemaro abdicó; y como Cristóbal ni por esto llegó a ser reconocido en todo el reino, se complicó la guerra intestina mucho más. Finalmente Gerardo, que entretanto se había apoderado de Funen, venció a Cristóbal, el cual se refugió al lado de su hermanastro Juan, señor de Falster, Femern y otras islas, donde murió en el año 1332. A su muerte pretendió el trono su hijo Oton, pero fue hecho prisionero por Gerardo. Este, siendo ya dueño de Schleswig, Holstein y Stormarn, creyó que había llegado el momento favorable para pasar de regente a rey; pero se encontró con la resistencia nacional: los dinamarqueses no querían rey alemán, y en la primavera del año 1340, estando enfermo en Randers, fue sorprendido y muerto por guerreros dinamarqueses. Su sobrino Waldemaro, duque de Schleswig, privado de su principal apoyo, renunció la corona de Dinamarca, y los grandes la dieron al hijo menor de Cristóbal II.

Waldemaro IV, durante los treinta y cinco años de su reinado, desde 1340 hasta 1370, puso término a la contienda por el trono y a las guerras civiles y restableció la autoridad de la ley; pero después perdió por su propia culpa todo lo ganado. Buen político, nada emprendió sin antes asegurarse de que disponía de fuerzas suficientes para llevar sus empresas a cabo con buen éxito. Prefirió hacer concesiones a sus vecinos, más poderosos que él, para aguardar mejores tiempos y recobrar lo perdido. De esta manera llegó a ser el segundo fundador del reino de Dinamarca, al cual reconcentró dentro de límites más estrechos para no derrochar sus escasas fuerzas en defender sin esperanzas de éxito territorios apartados. Así cedió sus derechos sobre la distante Estonia a la orden teutónica a cambio de una suma de dinero; vendió a la Suecia los territorios situados en el Mediodía de este país, y que pertenecían a Dinamarca, y dejó hasta mejor ocasión la isla de Funen en manos de los hijos del conde Gerardo de Holstein. Esto dio al país exhausto algunos años de reposo y le permitió reunir nuevas fuerzas. Bien necesitaba este respiro hallándose azotado entonces, después de haber sufrido tantas calamidades, por la peste negra, que daba la vuelta a la sazón por toda la Europa. Duro fue el gobierno de Waldemaro IV, que gobernó a su pueblo con puño de hierro y le impuso sacrificios relativamente inmensos, pero lo soportó con paciencia, porque comprendía su necesidad y las intenciones rectas del rey. No tardaron en verse los buenos frutos que produjo el gobierno, porque a los pocos años empezó Waldemaro, aprovechando hábilmente todo cambio de circunstancias, a recuperar los territorios perdidos. Su tío, el conde Juan, tuvo que restituírle en 1346 la isla de Seeland, que fue hecha centro del reino restaurado. Luego Waldemaro recuperó la de Funen aprovechando la ausencia de Enrique, heredero del conde Gerardo, guerrero inquieto y genio aventurero, que primero peleó al servicio de Inglaterra contra los franceses, después al de Suecia contra los rusos, y cuando volvió y quiso recobrar su isla fue rechazado victoriosamente por Waldemaro. Finalmente, creyóse éste bastante fuerte para arrebatar también a la Suecia los territorios marítimos

que le había vendido. El estado interior deplorable de la Suecia daba a esta empresa visos de buen éxito, y para asegurarse el apoyo del pueblo dinamarqués, Waldemaro IV, en la carta que otorgó en Kallundborg, renunció al poder y régimen autocráticos, obligándose a respetar en adelante los fueros antiguos de los brazos del reino y, sobre todo, a reunir puntualmente el parlamento. Una campaña corta y feliz que emprendió en el verano del mismo año devolvió a Dinamarca a Schonen, Halland y Blekingen. Después de un siglo de revueltas, de desastres, de ruinas y de impotencia en el interior y en el exterior, la Dinamarca había recobrado sus antiguos límites.

Durante este siglo de impotencia del país la liga anseática había llegado a ser la potencia dominante del Norte; y se había apoderado, no solamente del comercio, gracias a los muchos privilegios que le habían concedido los reyes de Suecia y Dinamarca, sino que también de la política internacional del Norte, por su superior poder marítimo y sus grandes recursos pecuniarios. El restaurador de Dinamarca resolvió quitar a la liga su preponderancia y reducirla a sus límites naturales, sirviéndole de pretexto la isla sueca de Gotland, en la cual tenía la unión anseática uno de sus principales emporios de comercio que la ponía en íntima relación con Suecia. La capital y única ciudad de la isla era y es Wisby, defendida entonces por una muralla formidable y muchísimas torres. Allí tenía la liga una gran factoría con sus depósitos y almacenes, bajo la protección de la Suecia, a la cual pagaba por todo esto una renta. Las relaciones de Waldemaro IV con las ciudades anseáticas que más traficaban en Dinamarca, es decir, Lubeck y las ciudades asociadas situadas en Mecklemburgo y Pomerania, habían sido por mucho tiempo tirantes, hasta que al fin se había llegado a un arreglo amistoso; pero en el verano de 1361 el rey rompió la paz y se dirigió al Norte con una escuadra formidable. Después de haber ocupado sin trabajo a Oeland, marchó desde allí a Gotland con el mismo propósito de apoderarse de la isla y desembarcó su fuerza cerca de Wisby. Por desgracia la guarnición de esta ciudad apoyada por la muchedumbre que acudió de todas partes cometió la imprudencia de aguardar al enemigo en campo abierto, y en 27 de julio sufrió una derrota, a consecuencia de la cual la ciudad tuvo que entregarse, y al día siguiente, por una brecha, entró el rey Waldemaro con su ejército victorioso. El botín que hicieron los daneses fue considerable; los tesoros acumulados por los innumerables templos y conventos pasaron a las arcas vacías del rey de Dinamarca; pero sin razón le atribuye la leyenda la destrucción de la opulenta ciudad, pues que el 29 de julio, dos días después de su rendición, le confirmó el vencedor todos sus fueros y privilegios y le concedió los mismos derechos que disfrutaban las ciudades dinamarquesas. A pesar de todo, la catástrofe del año 1361 aceleró la decadencia de Wisby. Su riqueza procedía de ser factoría de la unión anseática, y ésta, no viéndose ya segura en la isla de Gotland, trasladó a Dantzic el emporio de su comercio con el Norte, lo cual hizo prosperar las ciudades de la vecina Livonia. Wisby se despobló y poco a poco se hizo madriguera de corsarios que causaron grandísimo daño al comercio y navegación del Báltico.

La conquista de Gotland por la Dinamarca amenazó arrebatar a la unión anseática su predominio mercantil en todo el Norte. El objeto principal de Waldemaro IV, que sabía aguardar pacientemente la ocasión favorable y proceder después con grande energía, era indudablemente reconquistar para la Dinamarca, con su anterior extensión geográfica, su antiguo predominio en el Norte; y la realización de este proyecto no podía menos de perjudicar, no solo

a la Noruega y a la Suecia, sino principalmente a la liga anseática, haciéndole perder la gran base de su poder en la región báltica ó sea el predominio mercantil que había adquirido a costa de Dinamarca cuando ésta se hallaba destruida por contiendas interiores. Este peligro dió lugar a una alianza entre la Suecia, la Noruega y las ciudades anseáticas contra la Dinamarca; y un año después del desastre de Wisby se presentó delante de Copenhague la escuadra anseática mandada por Wittenberg, burgomaestre de Lubeck, y auxiliada por las fuerzas del conde Enrique de Holstein, que quería recobrar la isla de Funen y la posición y poderío de su padre. Copenhague fue tomada y entrada a saco en desquite de lo que los dinamarqueses habían hecho en Wisby; pero cuando después pasó el enemigo a la conquista de la Escania, para devolver a Suecia este territorio, que habían vuelto a ocupar los dinamarqueses, cayó en poder de Waldemaro una parte de la escuadra anseática y los aliados tuvieron que levantar el sitio que habían puesto a Helsingborg, contentándose con haber obtenido la libre retirada. No obstante la saña que reinaba entre los beligerantes, se pactó un armisticio que debía durar hasta el fin del año 1363, quedando Gotland en poder de los dinamarqueses.

Concluida la tregua, continuó la paz precaria hasta 1367, con el asentimiento de Waldemaro IV, que tuvo que hacer frente al creciente descontento de la nobleza de su país; pero las vejaciones y perjuicios que de los dinamarqueses tuvieron que sufrir los pescadores anseáticos en la costa de Escania, donde florecía la lucrativa pesca del arenque, y además los gravísimos daños causados al comercio anseático en aquella región, obligaron a la liga a echar otra vez mano a las armas. En la asamblea reunida en Colonia en el mes de noviembre de 1367, resolvió la liga hacer la guerra a Dinamarca y defender como un solo hombre los derechos de sus miembros que se dedicaban a la pesca del arenque y al comercio en aquella parte del Báltico. Renovó la alianza con Suecia para reintegrar a ésta en la posesión de la Escania, porque había sido destronado poco antes el rey Magnus, aliado de Waldemaro, y le había sucedido en el trono de Suecia su sobrino el duque Alberto de Mecklemburgo. El objeto inmediato de esta alianza era la reconquista de la Escania y de Gotland. Apoyaron a la liga los condes de Holstein y otros nobles del Norte, enemigos de Waldemaro, el cual por su parte contaba con la alianza armada de su yerno Hacon, rey de Noruega. En vista de la tempestad formidable que iba a descargar sobre Dinamarca, Waldemaro abandonó el país a su suerte y se dirigió al extranjero.

En la primavera del año 1368 una poderosa escuadra anseática recorrió las costas meridionales de Noruega y las saqueó y devastó; después pasó a Copenhague, que no habiendo sido defendida, fue tomada y entrada a saco por segunda vez, y la misma suerte tocó a toda la isla de Seeland y a las islas vecinas. Alberto, el rey de Suecia, conquistó la Escania, mientras los condes de Holstein asolaban la Jutlandia. Durante el invierno hubo tregua forzosa, y la campaña siguiente del año 1369 fue tan funesta para Dinamarca, abandonada por el rey, que el consejo de Estado se vio obligado a negociar la paz, la cual se firmó en 24 de mayo de 1370 en Stralsund. Esta paz fue un triunfo para la liga anseática, y si algo ganó Dinamarca fue la ventaja de librarse a tiempo de peligros mayores y del gobierno arbitrario de su rey. El tratado de paz concedió como indemnización de guerra a la liga anseática por 15 años las dos terceras partes de las pingües rentas de Escania y como garantía el derecho de ocupar hasta la extinción de la deuda las plazas fuertes de Helsingborg, Malmö, Skanör y Falsterbro. Además se

prometió a la liga guardar el mayor respeto a todos sus privilegios y derechos, y se estipuló que el rey ausente se limitaría a aceptar pura y simplemente el tratado tal como estaba hecho. Para el caso de cambio de soberano, fuese que Waldemaro abdicara ó que a su muerte el pueblo eligiera un nuevo rey, se previno que el nuevo rey había de ser confirmado por la liga anseática, sin lo cual no sería legítimo; es decir, que la paz de Stralsund puso en cierta manera la corona real de Dinamarca a disposición de la liga, con lo cual ésta tenía siempre la puerta abierta para ingerirse en el gobierno interior del reino é impedir su concentración y robustecimiento. En vano trató Waldemaro de eludir las condiciones durísimas de la paz; la nación no le admitió a su regreso sino después que hubo aceptado tal como estaba hecho aquel tratado de paz que reducía a la nada todas sus conquistas anteriores y todas sus glorias. La Dinamarca, abandonada por Waldemaro IV en el momento del mayor peligro, volvió a ser dependiente del extranjero, en especial de la liga anseática, como lo había sido en el reinado de Waldemaro I y de sus sucesores.

Waldemaro IV murió en el año 1375, sin dejar hijos varones, y con el asentimiento de la liga anseática, obtenido a costa de algunos privilegios nuevos, los grandes del reino proclamaron a Olaf, hijo del rey Hacon de Noruega y de su esposa Margarita, hija de Waldemaro IV, del cual de consiguiente el nuevo rey Olaf era nieto. Este tuvo que firmar por su parte una capitulación que cercenaba de nuevo los derechos de la corona, y los que le quedaron eran tan reducidos que Olaf no podía hacerlos servir jamás en perjuicio de los Estados del reino. Siendo menor de edad, quedó en cargada de la regencia su madre Margarita, la cual a este cargo unió el de regente de Noruega a la muerte de su esposo, que falleció en 1380. La nobleza dinamarquesa aprovechó los apuros y la impotencia de la regente para cometer toda clase de tropelías, apoderándose de bienes de la corona, menospreciando los derechos de ésta, dedicándose desde sus castillos fuertes a la mas vil piratería y acallando las quejas de la liga anseática indemnizándola de las pérdidas que causaban a sus miembros con privilegios nuevos y siempre más amplios. Los condes de Holstein aprovecharon por su parte la debilidad del gobierno para hacerse duques hereditarios del Schleswig, aunque continuaron siendo feudatarios de la corona de Dinamarca, la cual no podía reñir con esta casa poderosa, tanto tiempo adversaria de sus reyes, porque era a la sazón un apoyo valioso. En tan angustiosa situación murió el joven rey Olaf, y Margarita fue proclamada reina a la vez de Dinamarca y Noruega. Esta mujer, popular y enérgica, tenía también en Suecia un partido que la quería proclamar soberana, porque el rey Alberto de Mecklemburgo, hijo de la hermana mayor de la reina Margarita, se mostraba cada día más inepto. Alberto trató de defender con las armas su corona contra los partidarios de Margarita; pero en el mes de febrero de 1389 fue derrotado y hecho prisionero, y Margarita fue reconocida por reina de Suecia en todo el país, a excepción de la capital. Estocolmo se defendió tenazmente, con el auxilio de los muchos comerciantes alemanes establecidos en ella y de los duques de Mecklemburgo, que defendían los derechos del rey su paciente, el cual con su hijo continuaba prisionero del partido de la reina Margarita. Marinos atrevidos de Rostock y Wismar aprisionaban a Estocolmo por mar, y al mismo tiempo, y con igual pretexto, ellos y otros se dedicaban a la piratería. Así causaron tanto daño al comercio marítimo y a la navegación del Báltico, sobre todo después de haberse apoderado de la isla de Gotland, que la liga anseática, cuyos miembros eran los más perjudicados, intervino y consiguió un arreglo

que restituyó la libertad al rey destronado y á su hijo. Margarita, reina ya de Suecia, Noruega y Dinamarca, por resultado de un cúmulo de circunstancias y coincidencias singulares, se aplicó á consolidar las tres coronas en su familia. Habiendo muerto su hijo Olaf sin sucesión, eligió para su cesor suyo en los tres reinos á Erico, hijo de su sobrina, casada con el duque de la Pomerania oriental, nombrado ya heredero del trono de Noruega por los grandes de este reino y que fué igualmente nombrado heredero de los tronos de Suecia y Dinamarca por los Estados de estos dos reinos en el mes de enero de 1396. Parecía que las tres naciones, hermanas por el idioma, la raza, la situación geográfica y los intereses, se habían despertado de un largo período de luchas fratricidas y habían comprendido la necesidad imperiosa de unirse y formar en adelante una sola nación. En este sentido se pactó en enero de 1397, en Calmar, por los esfuerzos de Margarita, y con ocasión de la coronación de Erico, la unión de los tres reinos y la adopción de una ley fundamental común por los grandes de los tres países, que habían acudido con este fin á la citada ciudad. Esta constitución común no impedía que cada nación se gobernara conforme á su constitución particular, pero debían vivir todas bajo el cetro de un mismo soberano, elegido por sucesión directa entre los descendientes de Erico. Era, pues, una unión personal de los tres reinos escandinavos, que interiormente se gobernarían por sus leyes especiales y formarían una sola nación en sus relaciones internacionales.

Alberto de Mecklemburgo hizo lo que pudo para impedir la realización de la unión de Calmar, pero todos sus esfuerzos fueron inútiles. La liga anseática la reconoció, porque un artículo de la ley fundamental de la unión determinaba que todos los convenios y tratados hechos por una de las tres naciones con potencias extranjeras serían igualmente valederos en los tres reinos unidos; y como eran tantos y tan grandes los privilegios que la liga anseática había obtenido de Dinamarca, los vio extendidos de un solo golpe á Noruega y Suecia. En vista de esto Alberto de Mecklemburgo renunció á sus derechos en cambio de una indemnización en dinero. Sus aliados los piratas continuaron infestando el Báltico hasta que la orden teutónica, que había comprado á Alberto su parte de la isla de Gotland, acabó con ellos, ocupando la isla en 1398.

Mientras la enérgica reina Margarita fundaba con la unión de Calmar un Estado poderoso que á la corta ó á la larga habría acabado con la supremacía de la liga anseática en la parte occidental del Báltico, si hubiese durado, lo cual no sucedió, como más adelante veremos, se presentó otro peligro grave contra Alemania en el Nordeste, á consecuencia de la unión de Lituania con Polonia por el casamiento de Yagelon, príncipe soberano de Lituania, en 1386, con Eduvigis, último vástago de la familia Piasta y heredera de Polonia. Con este motivo se hizo cristiano Yagelon, el cual, además de reunir con su casamiento un poder muy grande, era hombre ambicioso y capaz de continuar las tradiciones de Boleslao, el gran conquistador. Por aquel lado la orden teutónica representaba y defendía dignamente los intereses de la nacionalidad alemana, desde mediados del siglo XIII, contra la Lituania, la Polonia y toda la raza eslava que pugna detrás de estos pueblos. La orden teutónica era en frente de los eslavos, lo que la liga anseática en frente de la raza escandinava. Desde la costosa sofocación del segundo alzamiento de los prusianos en 1283, habíase dedicado la orden con admirable sentido práctico y solicitud paternal á germanizar y colonizar sistemáticamente la antigua Prusia, cuya población indígena, á excepción de algunos contados restos, había perecido en la última lucha deses-

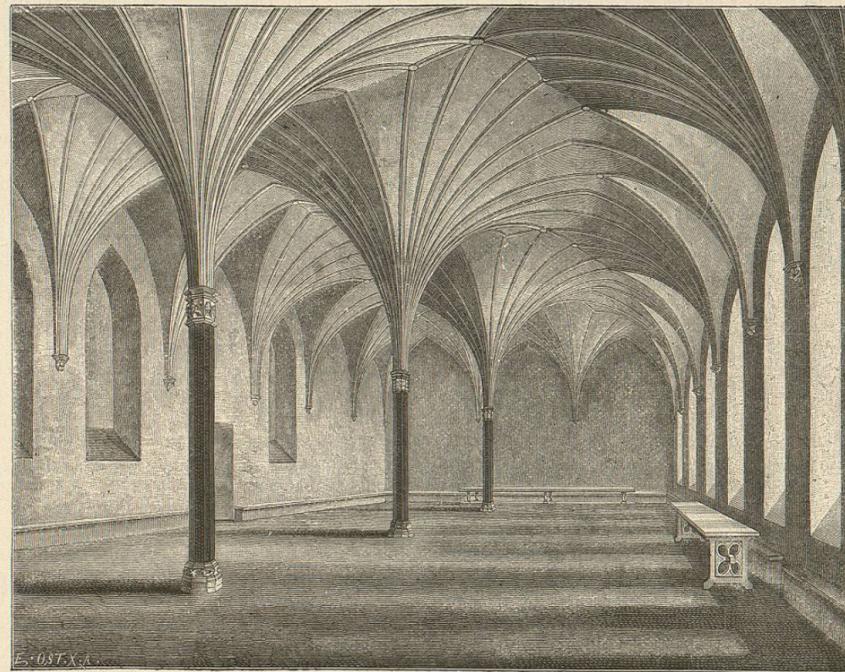
perada. La orden repobló el país con comerciantes é industriales de todas partes de Alemania que se establecieron en las ciudades fundadas al otro lado del Vístula, á las cuales dotó de muchos y valiosos privilegios, por cuyo medio pronto hubo centros prósperos de actividad donde antes reinaban la soledad y la miseria. Mayor fué todavía el número de labradores alemanes que poblaron las aldeas y caseríos fundados por la orden directamente ó por empresarios especuladores autorizados por ella. Toda una provincia conquistó la orden desecando el delta del Vístula, rectificando el curso de este río y de sus brazos; y en los años que mediaron desde 1288 hasta 1294 el vice-gran maestre, porque el gran maestre de la orden residía en Venecia, terminó la desecación del país entre el Vístula y el Nogat, hasta entonces desierto por lo pantanoso y malsano, y que luego se cubrió de muchas aldeas habitadas por una población próspera. Lo más sorprendente fué en esta transformación la admirable aptitud de la orden, fundada ciertamente con fines muy distintos, para adaptarse á esta misión colonizadora y la manera brillante de llevarla á cabo. La organización de la orden se aplicó sencillamente al Estado que creó; los cargos de la orden se hicieron cargos de Estado; el de mariscal de guerra se transformó en ministerio de la Guerra, el de tesorero en ministerio de Hacienda, y el consejo del gran maestre, en consejo de Estado. Los comendadores ó jefes de las casas de la orden monacal y guerrera fueron gobernadores civiles y militares de sus respectivos distritos, á cuyo fin recibieron simplemente las atribuciones administrativas, jurisdiccionales y militares. Como personal gubernativo los miembros de la orden tuvieron la inmensa ventaja sobre cualquiera otro personal, de la severa disciplina y del desinterés. Todos eran hermanos y vivían como tales, no obstante las categorías dentro de la orden, y todos hasta el mismo gran maestre eran igualmente servidores de la orden, á la cual juraban dedicarse exclusivamente; para ella trabajaban todos y ninguno para sí. A la organización solidísima y á la autoridad absoluta de la orden se debió que en sus dominios no hubiera sitio para señoríos feudales que acudieran con sus mesnadas al llamamiento del soberano, pero que constantemente buscaran ocasiones para hacerse independientes. Tampoco la orden, gracias á los privilegios que recibió al principio de la conquista de la Prusia, tenía que temer ninguna ingerencia eclesiástica; y los obispos que se hallaban en sus territorios, si bien dieron lugar á muchos conflictos, tuvieron que ceñirse forzosamente al gobierno espiritual de sus diócesis.

Para dar al dominio temporal de la orden todas las cualidades de un Estado político faltaba solo, á principios del siglo XIV, que el jefe de la orden residiera en el país. Con la pérdida de las últimas posesiones territoriales cristianas en Palestina, había perdido también la orden teutónica en el año 1291 su centro nominal en el país donde fué fundada, y al propio tiempo su misión primitiva. Desde entonces había establecido su centro en Venecia; y cuando fracasaron del todo las cruzadas, cuando las órdenes eclesiásticas de caballeros no tenían ya razón de ser por no poder llenar el objeto de su fundación y se suprimió la orden de los templarios, hubo quien quiso que se suprimiera también la teutónica, que á este fin fué acusada de herejía. La de los caballeros de San Juan se libró á duras penas de la abolición conquistando la isla de Rodas, desde donde pudo continuar su lucha contra los infieles y cumplir así su misión. En esta crisis, el gran maestre de la orden teutónica, Godofredo de Hohenlohe, pasó en el año 1302 á Prusia y reunió un capítulo general en Memel, la más oriental de sus plazas fuertes, donde propuso el traslado del centro gubernativo de la ór-

den de Venecia á Prusia; pero su proposición fué rechazada, y entonces Hohenlohe dimitió su cargo de gran maestre. Pocos años después, en 1309, realizó el traslado el mismo jefe de la oposición, Sigifredo de Feuchtwangen, que había sido elegido gran maestre en reemplazo de Hohenlohe. El centro de la orden y de su Estado territorial fué instalado en el castillo de Marienburgo, construido con gran lujo en una eminencia á orillas del Nogat.

Hasta entonces el dominio temporal de la orden teutónica había estado enclavado entre los países eslavos; pero en el mismo año 1309 la orden adquirió la Pomerelia, país si-

tuado en la orilla izquierda del Vístula y que confinaba con la Pomerania y la Marca de Brandeburgo; de suerte que con su adquisición un tanto brutal quedó establecida la comunicación del Estado territorial de la orden teutónica con los países alemanes. En efecto, habiendo muerto Mestuin II, el último duque de Pomerelia, ocupó este país, conforme á los pactos de familia existentes, Waldemaro, último marqués de Brandeburgo, de la familia Ascania, y que se había apoderado de Dantzig. La Polonia pretendió el país de Pomerelia y para expulsar de él al marqués solicitó el auxilio de la orden teutónica, la cual arrojó á los



El gran refectorio del castillo de Marienburgo (1330-1340)

brandeburgueses del país disputado. Entretanto Polonia ocupó todas las plazas fuertes; entonces Waldemaro cedió á la orden por una indemnización en dinero, sus derechos al ducado, y la orden se lo quitó á los polacos sus protegidos y lo incorporó con Dantzig, ciudad próspera y opulenta, á sus dominios. Era esta adquisición entonces tan importante para la orden como lo fué cuatro siglos y medio después la de la antigua Prusia para la monarquía de Federico el Grande, y con ella empezó para la orden el período más floreciente. Los colonos alemanes con su laboriosidad habían aumentado la fertilidad del país; las ciudades también prosperaban: Thorn, Elbing, Königsberg, y sobre todo Dantzig, la heredera de Wisby, se enriquecían con el lucrativo comercio que hacían con Polonia por el Vístula, y con las provincias bálticas vecinas hasta Estonia y Dinamarca por mar. Construcciones notables hermosearon las ciudades principales, que sin perjuicio de pertenecer á la orden teutónica ingresaron en la liga anseática, y á la sombra de sus grandes privilegios hacían un lucrativo comercio con Inglaterra, Escandinavia y Rusia. Naturalmente seguían también la política de la liga, con el consentimiento tácito de la ór-

den; y aunque á veces no había entre una y otra grande armonía, la orden ganó con la prosperidad de las ciudades. Sin embargo poco á poco se puso también á comerciar, y la competencia turbó con el tiempo las buenas relaciones entre las ciudades y la orden. Esta, continuando su costumbre adoptada en Oriente de hacer sus provisiones principales por mayor, se había hecho comerciante y tenía agentes fijos en varias plazas mercantiles para hacer sus compras. Poco á poco fué añadiendo á éstas la venta de los productos que le sobraban, cuyas operaciones, que á causa de sus privilegios le dejaban beneficios considerables, no podían ser del gusto de sus súbditos comerciantes por los perjuicios que les irrogaban. Esto creó un descontento en las ciudades grandes de Prusia que con el tiempo tuvo consecuencias muy trascendentales.

El Estado de la orden llegó á su mayor esplendor bajo el mando del gran maestre Vinrico de Kniprode (1354-83), tanto en concepto de prosperidad material como de influencia política en el Nordeste. Habiendo establecido su dominio en Livonia á orillas del Duna á consecuencia de su antigua unión con la orden de los Hermanos de la Espada, y